

HACE MUCHO FRIO

Es Navidad. Hace mucho frío.

El frío me gusta. Me encantan esos días gélidos pero soleados, hacen que me sienta viva y con ganas de disfrutar de las pequeñas cosas de la vida.

No puedo evitar sonreír cuando veo el vaho que sale de mi boca y me descubro haciendo el gesto que hacen todos los niños mientras pienso, "Mira, estoy fumando".

Me reconforta pasear por los muelles en los que hay menos gente de lo habitual. A estas alturas todo el mundo estará volviéndose loco en los centros comerciales, apretados, calientes, estresándose y caminando por sus pasillos como en una procesión de Semana Santa.

Yo, mientras tanto, siento el aire frío contra mi cara, arrancándome lágrimas que me hacen pensar en todas las que he tragado a lo largo del año.

Guardo las manos enrojecidas en los bolsillos de mi abrigo de pana y siento el calor del interior.

Es un contraste que me hace sentir que aún existen cosas que puedo controlar.

Imagino que soy una espía de la segunda Guerra Mundial infiltrada entre la gente, pasando inadvertida y a la espera de una importante misión...

Así, acabo llegando al café de siempre, con la esperanza de encontrar libre la mesa que más me gusta. Un café con enormes ventanales que ofrece las mejores vistas de mi ciudad. Sus tejados...¡Son todos tan diferentes!

Pido un café con leche en vaso. Dura más y se pueden calentar ambas manos a la vez.

Me siento, y miro con tranquilidad y sosiego, pero algo de nostalgia, todo lo que me rodea.

La Navidad, al fin y al cabo, no está tan mal. Al menos hace frío.

Él me dejó un día de calor.